

Los dos lados de una misma moneda: Horacio Quiroga y Juan Rulfo

Jesús Echeverría
The University of Texas Pan American
Diciembre 2006

“Salvo contadas excepciones en que un cuento sale bien sin recurso alguno, todos los restantes se realizan por medio de recetas o trucos de procedimiento al alcance de todos...” (Quiroga, “El Manual del perfecto cuentista” 1189). Como nos explica Quiroga en su “Manual del Perfecto Cuentista,” el secreto para crear una obra literaria que valga la pena consiste sencillamente en seguir ciertas técnicas, formatos y trucos que anteriormente han demostrado su efectividad cuando utilizados por otros *chefs* de la literatura. Es decir, prácticamente cualquier persona capaz de seguir una receta y mezclar todos los ingredientes en el orden y en la cantidad apropiada, puede crear un succulento platillo para sus invitados. Aunque a primera vista parecieran tener muy poco en común, Horacio Quiroga y Juan Rulfo comparten mucho más que el prestigio de ser considerados como dos de los mejores o los dos mejores representantes de la literatura latinoamericana por una innumerable cantidad de lectores y críticos. Después de una primer lectura de la obra de Horacio Quiroga titulada “El Hijo” y la obra de Juan Rulfo titulada “¿No oyes ladrar los perros?,” cualquiera afirmaría que aparte de ser autores de cuentos, estos dos escritores no

podrían haber sido más distintos el uno del otro. A continuación, sin embargo, se realizará una investigación más profunda en la cual se demostrará que aunque en cuanto a los aspectos superficiales se refiere, ambas obras y sus autores aparentemente no podrían ser más distintos, al final de cuentas, resultan ser clara y sencillamente los dos lados de la misma moneda.

Las similitudes entre ambos escritores no se limitan tan solo a las de origen literario, sino que entran al ámbito de lo personal, incluyendo las experiencias dolorosas y trágicas que ambos escritores tuvieron que presenciar, vivir y aprender a sobrellevar a una muy temprana edad. En cuanto a Horacio Quiroga se refiere, María A. Salgado nos explica lo siguiente,

“la muerte estuvo siempre presente en su vida...a meses de haber nacido Quiroga, su padre se dio un disparo accidentalmente...cuando Quiroga llegó a la adolescencia, su padrastro se suicidó. Años después, Quiroga mató a su propio mejor amigo...cuando sus hijos aun eran pequeños, la esposa de Quiroga, Ana María, se suicidó...y finalmente, Quiroga terminó con su propia vida luego de enterarse de que padecía de una enfermedad incurable” (25-26).

Juan Rulfo por su parte no se queda corto en cuanto a la presencia de eventos sumamente trágicos y difíciles de enfrentar y más a tan temprana edad. Rulfo mismo nos cuenta en una entrevista que se le realizó, “Yo tuve una infancia muy dura, muy difícil...Desde mi padre y mi madre, inclusive todos los

hermanos de mi padre fueron asesinados” (J.S. 7). Es interesante notar, que viviendo en diferentes países, los dos escritores comparten el mismo tipo de tragedias, las cuales afectarían y se manifestarían de alguna forma u otra en sus vidas, incluyendo en sus obras, años más tarde.

Entrando a las obras mismas, una característica que es notable a lo largo de ambas es la presencia de la ambigüedad. En el caso del cuento de Quiroga, se nos da a saber cómo lectores, que el padre “sufre desde hace un tiempo de alucinaciones” (507). De ahí en adelante el lector no cuidadoso puede caer en la trampa de olvidarse de este aparentemente insignificante detalle y a consecuencia tomar todo lo que el padre dice como la verdad. Por otra parte, habiendo leído el cuento más cuidadosamente nos damos cuenta de que desde ese punto en adelante no se le puede creer plenamente todo lo que diga el padre. Por supuesto, la ambigüedad más obvia, que en primer instancia parecería una mentira deliberada, se encuentra hacia el final del cuento, hasta el comienzo del último párrafo, cuando nos informa a los lectores, que el padre en realidad regresaba del monte solo y que todo el diálogo y el aparentemente final feliz no había sido más que solamente otra de las alucinaciones del padre.

En el cuento de Rulfo, la ambigüedad la vemos manifestarse más claramente que en “El Hijo.” Debido a la oscuridad, la primera ambigüedad concierne al ambiente donde transcurre la acción. No estamos, como lectores, del todo seguros de cómo es exactamente el escenario. Se nos menciona al padre y al hijo, pero nunca se nos dan más detalles en cuanto a la apariencia física de

ninguno de los dos personajes. Hugo Rodríguez-Alcalá resalta perfectamente esta cuestión de la ambigüedad presente a lo largo de “¿No oyes ladrar los perros?” cuando ofrece una condensación del cuento, en la cual explica que el cuento se trata de “un padre viejo que lleva sobre sus hombros a un hijo criminal, herido, quizá de muerte, a la luz de la luna, y por un paisaje que imaginamos pedregoso y triste, rumbo a un pueblo en que aquel espera hallar atención médica” (123). “Quizá, imaginamos, espera” son todas palabras que indican un grado de ambigüedad y son todas utilizadas por Alcalá al dar su sinopsis, ya que no es posible estar seguros de la gravedad de las heridas del muchacho, tampoco del paisaje, puesto que no se hace una descripción detallada, aparentemente debido a la oscuridad, y tampoco se nos llega a aclarar en el cuento si es que se encontró al famoso doctor y si este pudo hacer algo por Ignacio, el hijo del cuento.

Quiroga la justifica en su cuento mediante las alucinaciones del padre, Rulfo por su parte la justifica en gran parte a la oscuridad, lo cierto es que ambos escritores hacen uso del truco literario de la ambigüedad para lograr el efecto deseado en sus cuentos y los dos lo hacen deliberadamente empleando así el uso de la ambigüedad como otra técnica literaria más. Quiroga explica en su “Manual del perfecto cuentista” que “Toda nota explicativa en un relato de ambiente es una cobardía. El cuentista que no se atreve a perturbar a su lector con giros ininteligibles para éste, debe cambiar de oficio” (1193). Rulfo confiesa en una entrevista su inclinación hacia el uso de la ambigüedad como recurso

literario al admitir que “Sobre todo intenté sugerir ciertos aspectos, no darlos” (J.S. 6). Queda claro entonces, que aunque por medio de recursos distintos, ambos escritores reconocieron el uso y el éxito de emplear en sus cuentos el truco de la ambigüedad y más aun lograron ponerlo en práctica de tal modo que sus obras siguen estudiándose y analizándose hoy en día.

Existen otras similitudes, que resultan ser más obvias que el uso de la ambigüedad, entre las técnicas, formatos y otros recursos literarios que emplean tanto Quiroga como Rulfo en sus respectivas obras. La primera de estas similitudes obvias es el hecho de que en ambos cuentos los únicos protagonistas son el mismo tipo de personajes, es decir, tanto en “El Hijo” como en “¿No oyes ladrar los perros?” el drama lo realizan un padre viudo y un hijo único. Justo cuando se nos explica como el padre ha venido educando a su hijo, Quiroga nos informa por medio del narrador que “No es fácil, sin embargo, para un padre viudo, sin otra esperanza que la vida de su hijo, educarlo como lo ha hecho él...” (507). Aparte de informarnos a los lectores de que el padre es viudo, estas líneas, Quiroga las aprovecha al máximo, siendo fiel a la receta que el mismo había escrito anteriormente en su “Manual del perfecto cuentista.” En cuanto al cuento se refiere, “Dos calidades se han exigido siempre: en el autor, el poder de transmitir vivamente y sin demoras sus impresiones; y den la obra, la soltura, la energía y la brevedad del relato” (1196).

En el cuento de Rulfo nos enteramos que el padre es también viudo, cuando éste cambia de tono en la línea sesenta y cinco al empezar a reprochar a su hijo. El padre le aclara a su hijo que “Todo esto que hago, no lo hago por usted. Lo hago por su difunta madre...” y mas adelante vuelve el padre a recalcar en forma de reclamo y reproche que “El otro hijo que iba a tener la mató. Y tú (el hijo) la hubieras matado otra vez si ella estuviera viva a estas alturas” (878). En esta ultima cita, Rulfo demuestra que al igual que Quiroga, también se enfoca en la eficacia en sus cuentos al informar a sus lectores no sólo de que el padre es viudo, sino también que el hijo que va cargando, es el único hijo de la pareja.

Otra característica que los dos escritores emplean en sus cuentos es la inclusión de un viaje. En el cuento de Quiroga, este viaje parecieran realizarlo por separado el padre y su hijo, sin embargo, al leer y analizar el cuento cuidadosamente, uno se da cuenta de que desde cierto punto de vista, el padre acompañó a su hijo en su último viaje hacia dentro del monte. Es obvio que aunque no va al lado de su hijo físicamente, el padre indudablemente acompaña a su hijo en cada paso. El narrador señala que “No necesita el padre levantar los ojos de su quehacer para seguir con la mente la marcha de su hijo: Ha cruzado la picada roja y se encamina rectamente al monte a traves del abra de espartillo” (507). Más adelante, alrededor de la línea noventa, Quiroga nos ofrece unos ‘mini clips’ de información en forma de premonición y pensamiento escalofriante

por parte del padre. Quiroga escribe “Ha muerto su hijo al cruzar un...¡Pero dónde...hay tantos alambrados allí...por poco que no se tenga cuidado al cruzar los hilos con la escopeta en la mano...” (508). Si esto es en realidad lo que se supone rondaba por la mente del padre, el cual luchaba por librarse de estos pensamientos, de estas visiones, ¿quién que haya terminado de leer el cuento y conocido lo que realmente pasó, no estaría de acuerdo en que el padre sin duda alguna realizó el trágico viaje con su hijo?

En cuanto al cuento de Rulfo, el viaje en sí, forma el trasfondo de todo el cuento, es decir, en este cuento, el viaje en sí, parece llegar en algunos momentos a ser como un tercer personaje. Es cierto que Ignacio (el hijo) y su padre, son los únicos dos personajes del cuento, pero el diálogo a lo largo del cuento es tan mínimo, que si no fuera porque los protagonistas realizan el famoso viaje, simplemente nunca hubiera existido este cuento. De principio a fin, toda acción y todo comentario tiene que ver directamente con ‘el viaje.’ El cuento surge y tiene su origen porque surgió la necesidad de este viaje para ir en busca de un famoso doctor del cual ni siquiera el nombre se menciona, como tampoco se mencionan ni los nombres de las personas quienes lastimaron a Ignacio ni el propio nombre del padre, que aparentemente es uno de los únicos dos personajes y protagonistas de la obra. La omisión de tanta información, no se puede deber más que al hecho de que en realidad no es importante para lo que el escritor pretendía narrar, es decir el viaje mismo y nada más.

Hasta este punto, se han analizado solamente las similitudes que existen entre ambos autores y sus respectivas obras, enseguida pasamos a realizar un análisis de los contrastes que existen en el empleo de diversas técnicas, formatos y trucos en las dos obras anteriormente nombradas. Se analizará también aquí, la verdadera distancia que existe entre las diferencias técnicas, de formato y de trucos presentes en los dos cuentos.

Primero prestaremos nuestra atención al personaje de los hijos. En el cuento de Quiroga, el personaje del hijo es presentado como un niño que a pesar de contar con solamente trece años, por su estatura, aparenta ser más grande de edad, aunque por la pureza que reflejan su ojos, pareciera tener menos (506-507). El personaje del hijo en este caso, se puede clasificar fácilmente como un niño inocente, educado, obediente y sin maldad. El narrador confirma esto al comentar más adelante como "En la mutua confianza que depositan el uno en el otro-el padre de sienes plateadas y la criatura de trece años-no se engañan jamas" (508).

Por otra parte, el personaje del hijo en el cuento de Rulfo ante el criterio de la gran mayoría de quienes han leído la obra, no podría ser más diferente, opuesto y estar más distanciado de lo que es el personaje del hijo en el cuento de Quiroga. La personalidad y forma de ser del personaje de Rulfo lo conocemos cuando el padre lo reprocha y recrimina por la vida que ha llevado. El padre le afirma a su hijo en tono formal (o sea enojado y/o con coraje), "...para mí usted ya no es mi hijo. He maldecido la sangre que usted tiene de mí...desde que supe

que usted andaba trajinando por los caminos, viviendo del robo y matando gente...y gente buena" (878). Es obvio que describir el tipo de personaje que Rulfo intento presentar sale sobrando después de tan detallada descripción hecha por el mismo padre.

Estas observaciones con respecto a los dos personajes principales de cada obra, ofrecen también otra muy bien definida diferencia entre dichos personajes. Esa diferencia es con referencia a la relación que existe entre padre e hijo en cada cuento. En el cuento de Quiroga nos encontramos con dos personajes que se tienen respeto, confianza y amor. La relación entre Ignacio y su padre es, basado en este mismo criterio, exactamente todo lo opuesto, es decir, en lugar de respeto, confianza y amor como vemos en el cuento de Quiroga, en este existe rencor, despecho, coraje, egoísmo y probablemente asta odio.

Por último, no podemos terminar sin primero señalar la diferencia más obvia de todas, la cual consiste del ambiente. En el cuento de Quiroga, todo el trama se lleva a cabo durante un día soleado y extremadamente caliente, mientras que en el cuento de Rulfo, la trama se realiza totalmente durante la noche, bajo la luz de la luna. Esta diferencia por el hecho de ser la más notoria, es la que puede más fácilmente confundir al lector y hacerlo creer que en verdad las dos obras y sus respectivos autores son totalmente distintos. Sin embargo, la verdad es todo lo contrario. Así como cada *chef* tiene sus propios gustos y mientras algunos prefieren acompañar sus bistecs con Salsa Para Bistec A-1 y otros prefieren Heinz 57, así también cada *chef* de la literatura tiene sus preferencias personales en

cuanto a las *salsas* y/o *condimentos* que prefieren emplear con cada uno de sus *platos*. En otras palabras, dos chefs pueden preparar y seguir la misma receta para cocinar un bistec y una vez terminados, cada uno le puede añadir distintos tipos de salsas de acuerdo a sus gustos lo cual produce sabores un poco distintos, pero al final de cuentas, el bistec sigue siendo y sabiendo a bistec. De la misma forma aunque Quiroga y Rulfo decidieron acompañar sus *bistecs* con salsas de distintos sabores, los dos terminaron preparando un succulento *plato*.

En conclusión, debemos recordar nuestro punto de partida, en el cual se estableció que para poder crear un succulento plato, es decir, un gran cuento, lo único que se requiere es saber cuales son los ingredientes esenciales, como la ambigüedad, personajes sencillos, eficacia en la narración, un enfoque bien definido y un ambiente apropiado para lograr el efecto deseado. El que los personajes sean buenos o malos, el que la acción ocurra durante el día y bajo el sol o durante la noche bajo la luz de la luna, son cosas secundarias, simplemente condimentos que cada *chef* agrega a su gusto.

Bibliografía

- Alcalá, Hugo Rodríguez. “En torno a un cuento de Juan Rulfo: “No oyes ladrar los perros.” Homenaje a Juan Rulfo. Ed. Helmy F. Giacomani. Nueva York: Las Américas Publishing Co., 1974. 123-133.
- J.S. “Entrevista con Juan Rulfo.” Siempre! La cultura en México. (1973): 6-7.
- Rulfo, Juan. “¿No oyes ladrar los perros?” Momentos cumbres de las literaturas hispánicas: Introducción al análisis literario. Ed. Rodney T. Rodríguez. New Jersey: Pearson Prentice Hall, 2004.
- Salgado, María A. “Quiroga’s “El Hijo”: Prototype of His Art.” South Atlantic Bulletin 36 (1971): 24-31.
- Quiroga, Horacio. “El Hijo.” Momentos cumbres de las literaturas hispánicas: Introducción al análisis literario. Ed. Rodney T. Rodríguez. New Jersey: Pearson Prentice Hall, 2004.
- Quiroga, Horacio. “El Manual del Perfecto Cuentista.” El Hogar abril 1925.